

Sweet boy

honeyboo



Capítulo 1

Honey

Lo que los dos teníamos

fue algo que no podría olvidar fácilmente.

Incluso si yo hubiera sido distinta,

incluso si tú no me hubieras mirado de la forma en la que me mirabas

igualmente me habría encandilado tu sabor.

Encontrémonos hoy, aunque sea demasiado tarde.

«¿Sabes, Lilly? yo también sé quien eres. Y quien soy yo. A pesar de todos estos años.»

Capítulo 2

sweet

Atrapo la caja con las manos y me entretengo en bajar las escaleras sin dañar ni mis débiles huesos ni el contenido de lo que llevo.

El ático de la casa que compré hace más de diez años sigue tan sucio como el primer día que subí aquí. Oigo el sonido de la televisión y los gritos de los niños, y es triste pero sé instantáneamente que algo muy malo está por pasar. O muy bueno. Mi subconsciente no es claro en ese sentido.

Me siento en la fría madera y poso el cubo marrón frente a mí. Con las piernas extendidas y como un niño, comienzo a rebuscar en su interior.

Está demasiado llena y tengo que apartar mi sensible nariz para no estornudar con el polvo que comienza a volar, pero encuentro luces viejas que encienden recuerdos del pasado que pensaba enterrados. Tampoco son recuerdos malos; viejos cuadernos de apuntes de cuando estudiaba en la universidad, material sin gastar, e incluso, me regocijo, la vieja carpeta verde.

Una carpeta ya desgastada en su momento que se hizo recurrente durante mis 20. Ahí guardaba cosas que pensaba que recordaría cuando tuviera 50 años, fotos o incluso escritos. Yo era un poco inocente. Yo mantenía para mí momentos que esperaba que se convirtieran en imprescindibles en un futuro, pero la realidad es que eran momentos que ni siquiera recuerdo ahora.

Oigo «papá» pero estoy lo suficientemente seguro de que se están riendo mientras lo gritan así que soy un poco egoísta y hago oídos sordos al reclamo. Sigo mirando y mirando en el interior de la caja pero no niego que lo único que capta mi atención sin intermitencias es esa carpeta verde, así que alejo la caja de entre mis piernas extendidas y pongo en aquel espacio el destartado archivador. Me tienta abrirla y descubrir vergonzosos secretos de mi pronta adultez, pero a la vez estoy asustado de extrañar demasiado tiempos que no van a volver.

Descubro su interior y lo primero que me asalta es una foto de mi graduación. La primera de todas.

Ahí están mis amigos de la infancia con los que hace casi una década que perdí el contacto pero que en su momento esperaba conservar para siempre, Fred y Mikey. con las túnicas y un gran diploma, pero sobretodo, la sensación de que íbamos a comernos el mundo. Sonrío, enternecido, porque sé que ninguno de nosotros terminó comiéndose ninguna parte del

pastel. Sigo mirado fotos, y una tras una me asaltan imágenes de blancas playas contrastando con nuestra piel bronceada. Sombreros de paja y bañadores de colores, posiblemente de algún verano que pasé viviendo en Florida, o de algunas vacaciones que nos montábamos. Están rose y carol, la próspera pareja que floreció en segundo de carrera y murió un par de años después al apagarse durante una relación a distancia. También distingo a Mikey, que por aquel entonces seguía prestándonos atención a pesar de que Fred hacía tiempo que había tomado su propio camino. Alice, la eterna encandilada compositora, y los gemelos Oakey, Bernard y Ken, ambos deportistas apasionados.

Tal vez eran fotos del año en el que Alice y Bernard comenzaron a quererse, o quizá eran del año en el que se percataron de que se hacían daño mutuamente.

Pasaron muchas cosas durante aquellos tiempos, y yo las había olvidado todas en una carpeta que creía perdida lustros atrás. Sigo ojeando las fotos hasta que llego al apartado de los escritos. Durante una temporada había plasmado mis sentimientos en unos muy novicios -y escuetos- textos, y en ellos puedo revivir algunas memorias que ahora parecen muy lejanas. Mis preocupaciones en cada final de semestre, el ansia de la llegada de las fiestas navideñas para ir a Berkeley a visitar a mi familia, los deseos de vacaciones con amigos. Incluso a veces escribía sobre algún olvidadizo amor que robaba mi corazón durante algunos días. Puedo notar ahora la inexperiencia de aquellas cartas sin destinatario, pero en aquel entonces pensaba que eran lo mejor que había hecho hasta ese entonces.

Los leo todos, o al menos todos los que puedo, hasta que llego a uno que me desconcierta bastante.

No es mi letra, no es papel cuadriculado, no es un texto de desahogo. Es una carta que comienza con las palabras «Crispin, mi dulce Crispin» y que me deja con el corazón hecho trizas.

Capítulo 3

boy

«Crispin, mi dulce Crispin,

sé que últimamente no hemos hablado mucho. Te extrañaba más de lo que jamás habría imaginado.

Estos meses me he acordado de tu cálida sonrisa. No he vuelto a ese bar, porque no me gusta estar ahí sola. Ya sabes... sin ti. Vaya, no quiero parecer como si me hubiera pinchado algo, así que empecemos de nuevo porque ya he gastado mucho papel en esta carta extraña y fuera de lugar. La verdad es que yo pensaba que tenía razón, ¿sabes? he estado convencida durante mucho tiempo de que no tenía sentido involucrarme con alguien si luego iba a separarnos la distancia. Nunca he sido de las que aguanta el chaparrón sin derramar lágrimas, pero qué voy a decirte ya que no sepas. ¿Porque lo sabes todo, no? qué vergüenza. No puedes imaginar lo sonrojada que estoy ahora porque pienso que tú leerás esto y tal vez piensas que soy demasiado empalagosa, hasta para ti. Pero es que, cuando se trata de ti, los límites de cuánto es poco y cuánto es mucho son demasiado borrosos. A veces creo que contigo no hay un límite real, porque me miras y me haces sentir como esa bonita piedra que adorna las joyas y las hace parecer mucho más valiosas de lo que realmente son sin ellas.

Echo en falta poder hablar con alguien sobre mi vida y que ese alguien me diga que va a estar ahí para mí si lo necesito, echo en falta el aroma de los largos abrazos que nos dábamos en invierno, echo en falta la molesta arena que se me colaba entre los dedos de los pies cuando nos escapábamos a la playa tú y yo. Te echo mucho en falta a ti, y a tus rizos.

Esto es en parte bueno y malo, porque, mierda, ¿soy tan egoísta si te digo que te quiero?, ¿soy realmente mezquina si te lo digo ahora a pesar de habérmelo callado durante casi medio año? me hace sentir tan rastrera y egocéntrica, como si en ningún momento me hubiera parado a pensar que tus sentimientos eran tan importantes como los míos.

Ahí va la dolorosa verdad: no lo hice.

Tomé una decisión, y fue la decisión de ignorar deliberadamente cada sensación que me producían los roces de tu piel, cada pelo que tus amables palabras me ponían de punta.

Me angustia pensar que quizá ni siquiera tenga la más mínima oportunidad ya, no porque todavía seas joven y guapo -y muy popular-, si

no porque eres como el vaso de leche caliente antes de acostarse, eres un tranquilizante y un apoyo, eres una pequeña cucharita de miel que endulza la vida de quienes la prueban pero que no empalaga. Porque cuando amas a una persona, la amas con cada fibra de tu ser. Porque eres bueno, y eres cálido, pero no como un rayo de sol en una playa, si no como una taza de sopa caliente cuando enfermas o una estufa en un día de lluvia. Tú me haces sentir demasiadas cosas, y no puedo irme sin demostrarte que las siento de verdad, porque si vamos a separarnos, quiero que nos separemos sabiendo quienes somos. Y qué estamos haciendo.

Bonito, tan dulce como el néctar, tú eres todo lo que quiero.

Estaré mañana sentada en un banco del paseo marítimo, porque últimamente hay grandes olas y sabes que tengo debilidad por ellas. Además, ¿no te parece que el color del cielo al atardecer es hermoso?

Yo sé quien eres, Tim. O Crispin. Mi dulce Crispin.»

Me descubro encogiéndome porque es una carta que nunca llegué a leer.

Me aterroriza saber que ella estuvo allí esperándome durante horas. Quizá anocheció y siguió esperándome. Me aterroriza aún más pensar que tan solo me esperó durante algún tiempo, y luego decidió que no valía la pena y se fue.

Releo cada una de las palabras y no dudo de quien la escribió porque solo hay una persona que me ha llamado Crispin a lo largo de mi vida. Fue una chica que conocí en la universidad. Se llamaba Lilly y me llamó la atención porque llegó tarde el primer día de clases. Nadie la reprendió pero todos se giraron cuando subió paso a paso las escaleras hasta llegar a un asiento de última fila, la peor fila para un novato. Después todos se olvidaron de que ella estaba ahí y continuaron con la charla del catedrático, pero yo no. Yo me giré un par de veces para verla sin que se diera cuenta. Era rubia y pequeña. Iba vestida con ropa que la hacía todavía más pequeña, y reparé en que tal vez las intenciones de aquello eran que, simplemente, quería pasar inadvertida. Durante unos largos instantes al entrar al aula no lo logró, pero después fue todo un éxito. Hablamos un par de veces durante el primer semestre hasta que ella me invitó a salir a tomar algo a un bar cerca del campus. Luego seguimos hablando y seguimos acudiendo a ese bar, del bar pasaron a ser reuniones privadas y de reuniones privadas pasaron a ser reuniones de amigos. Cuando me di cuenta, ella ya se había hecho su propio hueco en los corazones de mis amistades. También se lo hizo en el mío.

Recuerdo que mantuvimos una extraña e intermitente relación que estaba muy lejos de la amistad pero mucho más todavía de una relación sana

durante, al menos, tres años. Luego ella se fue y no supe más.

Nos habíamos peleado finalmente, porque yo me había enamorado tanto que no conseguía sacar mi corazón de mi cerebro. Siempre me había echado la culpa a mí mismo, quizá porque fui demasiado inocente respecto a nuestros sentimientos, quizá porque era demasiado aburrido o porque era un amor demasiado sencillo. No hubo lucha, no hubo dificultad, solo dos personas que se querían, una más que la otra.

Yo siempre he sido alguien demasiado iluso. Incluso cuando crecí y mi cabeza se irguió sobre mis hombros, mantuve ese pensamiento blanco y nítido acerca de la gente y muchas veces me la jugaron. Me porté bien con gente con la que no debí, pagué caro por errores que no cometí, y me hirieron porque entregué mi corazón con facilidad. La historia había sido esa.

Fui vulnerable y no supe llevar las cosas. Ella no lo fue tanto.

Pero no la he culpado nunca, porque al igual que yo, ella también era joven, y también se equivocó en muchas cosas. He supuesto durante muchos años que cumplió su promesa de marcharse de Florida. Sé que lo hizo.

Pero no como yo pensaba. Yo pensaba que ella había superado lo nuestro y que se había ido. Yo pensaba que habían jugado conmigo durante tanto tiempo que no sabía definir cuánto.

Y ahora leo esta carta, que ella puso aquí sabiendo que yo la vería, y que perdí sin remedio, al igual que el resto del contenido de la carpeta. Y estoy triste porque sé que ella no mentía. Ella no era la persona débil y sensible que he conocido por palabras de este amarillento papel, ella era recta como una flecha, decidida, serena, valiente, orgullosa. Responsable. No perdía la calma a menos que la afectara directamente, como un dardo envenenado.

Este texto parece ese dardo envenenado.

Y luego me percaté de que tal vez, el dardo envenenado no fuera la carta, si no yo. Todo se aclara y me siento tan miserable, tan ruín. Tan tonto, tan ciego.

«Papá» vuelven a gritar, esta vez dos voces femeninas, desde la planta baja. Lo siento más urgente que unas lágrimas y acudo en su busca. Mi hija menor, Betty, está en el suelo, rozándose su rodilla izquierda con las manos y gimiendo levemente. Está algo ensangrentada.

«Hey, ¿qué ha pasado?, ¿estáis bien?» pregunto, algo preocupado. Ella se

levanta y me sonrío como si estuviera hecha de resortes.

«Molly y yo estábamos jugando al escondite y queríamos saber si jugarías con nosotras» dice, con un tono infantil y coqueto.

«Cariño, ¿ahora? papá estaba mirando unas cosas muy importantes en el ático. Pero jugaré con vosotras luego si queréis», sentencio. Ellas se me quedan mirando, entre curiosas y decepcionadas.

«Claro, tú sigue allí arriba. Yo cuido de ella» habla mi hija Molly, quien es cuatro años mayor que su hermana pero muy similar a ella.

Asiento, pero me siento tan culpable mientras comienzo a caminar y ellas se quedan ahí, que paro de nuevo.

«Vale, jugaré con vosotras. Pero solo una vez, ¿vale?» las niñas saltaron de alegría.

Yo sigo siendo ese chiquillo dulce e ingenuo que con 20 años apenas sabía lo que era el mundo. Extraño a Markey, y a Fred, y a Alice. A Ken, a Bernard, a Rose y a su novia Carol. Y a Lilly. A Lilly la extraño como algo que pudo haber pasado pero que nunca sucedió. Como ese "¿y si...?" que me comerá siempre la cabeza al pensar en ella. ¿Dónde estará ahora?, ¿se acordará de mí? si es así, ¿seguirá sintiendo eso, o habrá conocido a otro dulce chico que sí que pueda amarla como yo no tuve oportunidad?

Ellas me agarran ambas manos y en ese instante sé que, si ahora tuviera que elegir uno de ambos caminos, volvería a tomar el de no ir aquella tarde. El de conocer a mi mujer. El de tener a Brandon, mi hijo mayor. El de tener a Molly. El de tener a Betty. El de convertirme en un contable aburrido e ingenuo.

¿Sabes, Lilly? yo también sé quien eres. Y quien soy yo. A pesar de todos estos años.